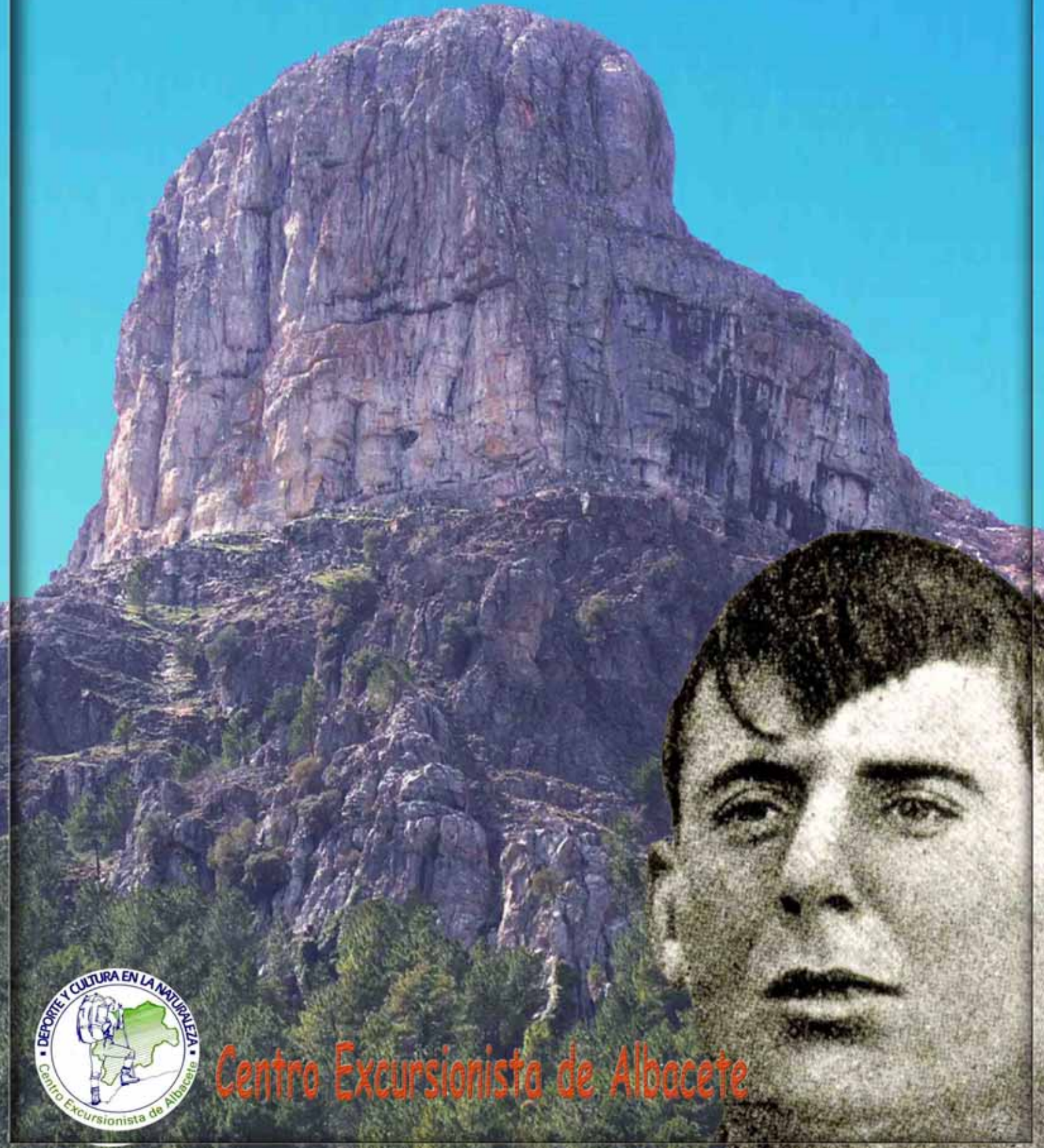


VIII RUTA DEL PERNALES



Centro Excursionista de Albacete

FECHA:

6 y 7 de octubre de 2012

DIFICULTAD:

Media. Se requiere cierta experiencia en senderismo

ETAPAS:

Sábado 6: El Sequeral-Villaverde de Guadalimar (16,3 Km.)

Domingo 7: Villaverde de Guadalimar-Riópar (17 Km.)

ORGANIZA:

Centro Excursionista de Albacete

COORDINADORES:

Antonio Matea Martínez

Pascual Valls Cantos

José Manuel Jiménez Juárez

PRECIO:

Sin licencia federativa 55 euros (socios del CEA 52 euros)

Con licencia federativa 50 euros (socios del CEA 47 euros)

SOLICITUDES:

Mandar solicitud al email: amatea08@gmail.com

Pascual Valls y José Manuel Jiménez en bar Comodín, jueves a las 22 horas

El criterio de selección es el de cola (por orden de inscripción)

NÚMERO DE PLAZAS

40

PERIODO DE PRESENTACIÓN DE SOLICITUDES:

Desde el 31 de agosto al 30 de septiembre

CONDICIONES DE PARTICIPACIÓN:

Mayores de 18 años

Los participantes aceptan al inscribirse la responsabilidad del uso de medios propios si decidieran abandonar la actividad antes de su finalización

SALIDA:

07:00 horas desde el bar Daniel

Se ruega puntualidad

TELÉFONOS DE INTERÉS:

Antonio Matea Martínez: 648736744

Ayuntamiento de Villaverde de Guadalimar: 967434001

Pensión Guadalimar: 649736290

Cabañas Pinares del Guadalimar: 646510408

Restaurante San Juan de Riópar: 967435285, 636618558

INTRODUCCIÓN SINFÓNICA

Un año más, y van ya ocho, pretendemos con parto derecho y sin mucho exordio exponer brevemente los motivos que llevaron al Centro Excursionista de Albacete a templar, hace ya siete años, esta Ruta del Pernaes. Y si hemos sido sosegados y transparentes en los años precedentes, no nos vamos a empozar y andar por la tangente en el presente, que si el principal motivo de esta andadura es mantener viva la leyenda del Pernaes y dar a conocer los pueblos y paisajes de nuestra provincia, no es menor nuestro interés en pasar dos días de felicísimo regocijo y esparcimiento por nuestra sierra de Albacete.

Merced nos hacen para ello, y sin ellos sería del todo imposible, los que participan con nosotros en nuestra aventura senderista, que si el caminar se hace difícil y complicado en solitario, no es tan duro de llevar cuando se va acompañado de otros caminantes, damas y caballeros, que aman la sierra y disfrutan con nosotros mismos de nuestros viajes por sus montes y valles. Aunque algunos anden a plena luz del día con faroles iluminados, buscando no se sabe qué hombres sutiles y atrevidos, como hiciera aquel sabio de Sínope a lo largo de su existencia, sin hallar jamás aquello que buscaba.

Ya los días octobrinos en los que se anda esta ruta se van acortando, así como se acortan las vidas de los hombres conforme siguen su caminar en el discurrir del tiempo, en busca de su destino común. Pero algunas de nuestras leyendas siguen enteras e incólumes, señeras y perennes, por las memorias de las gentes, y ésta, la del Pernaes, no anda escasa de multitudes que la recuerden y la sigan contando, y cantando con la letra de su romance, a los más jóvenes para que no se pierda jamás en los anales del olvido.

Y si esto fuera verdad, como sin duda lo es, no se nos va a pillar en abrenuncio alguno, por mucho que lean o releen esta plática, compuesta sin recato alguno en pro de nuestra conciencia, que tan buen pan, o mejor, hacen aquí como en Francia y más vale un toma que un dos te daré. Por ello no queremos ser desmerecidos, ni emplear mucha prosopopeya en sacar a la luz del mundo la nunca olvidada historia de Francisco Ríos González, el Pernaes, que anda ya en libros por ese mundo adelante y dicen las gentes de la sierra fue el más famoso, valiente y enamorado bandido de todos los que anduvieron por nuestra serranía albaceteña y uno de los más recordados que andan ahora por el mundo del más allá.

Es cierto que son muchas las trabas y estratagemas que nos han ido poniendo los hados crueles y envidiosos en estos años para intentar concluir nuestro proyecto senderista pernaliano, como si hubiésemos cometido un delito de lesa majestad por querer resucitar las hazañas del famoso bandolero estepeño. Aunque año tras año hemos logrado esquivarlas todas ellas y a todas ponerles remedio. Pero cuando los ardidés y el escarnio vienen de manantiales cercanos, aunque salgan de algún ganapán destrabayeguas o de alguna licenciosa dueña antojuna de parca mollera, a quienes Dios sabrá dar su justo castigo, abren la llaga de la herida e inciden en ella con mayor dolor y redundancia que si fuera abierta por gente ajena y extraña.

Pero no nos van a compeler ni a debilitar nuestra reciedumbre, ni nos vamos a dejar someter a ordalía alguna, pues no somos ningunos Santos Tomases, ni muy allegados a las doctrinas de San Agustín, al menos desde que comenzó su vida de santo y dejó de practicar la concupiscencia. Y basta ya de hacer proselitismo, que por discretos nos hemos de tener y por tales nos tenemos. Aún hay sol en las bardas y mejor es no meneallo más y no seguir apretando el ojo del contrario con el pulgar, que tanto nos vale un pan como ciento y hemos oído decir que el mayor bien es la prudencia y que es absurdo entrar en disputas que no van a llegar a buen puerto o nunca van a tener fin. A buen pagador no le duelen prendas y donde no hay estacas no hay tocinos, que tanto se pierde con carta de más como de menos, y a buen entendedor no le faltarán ánimas que le alumbren su camino. Aunque sean tan mal

alumbradoras como aquellas parcas crueles que guiaron tan malamente la andadura de Pernautes y del Niño de Arahál en su última aventura bandolera, que cortó los estambres de sus vidas y acabó con sus andanzas bandoleriles por el mundo del más acá en Villaverde de Guadalimar, aquel 31 de agosto de 1907.

Dios sabrá proveer y con su infinita sabiduría sabrá colocar a cada cual en su gobierno, pues no creemos en falsos profetas milagrosos ni en desencantadores de doncellas que apuesten por tan perversos métodos de desencantamiento, como aquel que propuso el sabio Ligandero para desencantar a Dulcinea del Toboso y que tan mal resultó para las posaderas del desafortunado escudero. Por su mal le nacieron alas a la hormiga y de noche todos los gatos son pardos, que al dejar todos este mundo y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el príncipe como el jornalero, y no ocupa más pies de tierra el cuerpo del Papa que el del sacristán, aunque sea más alto el uno que el otro; que al entrar en el hoyo todos nos ajustamos y encogemos, o nos hacen ajustar y encoger, mal que nos pese. Y si no estamos convencidos de ello, sólo nos basta recordar la historia de aquel bandolero Procusto, que, si las trovas antiguas no mienten, era un caprichoso de la medida y del ajustamiento.

Cada cual es cada cual, como decía aquél, y cada dos cuales hacen un par de cuales, y tiempo vendrá en que seamos si hoy no somos, que a veces entre el ser y no ser es tan escasa la diferencia que se puede llegar a ser o a no ser por cosas nimias y superfluas. Si unos quieren ver gigantes donde hay molinos, o princesas encantadas donde sólo hay meretrices o labradoras, otros verán apariciones de apócrifos Pernautes que reaviven la memoria y las hazañas de quien ha luengos años aparece sepultado e intestado en la fosa del olvido. Si para unos Pernautes fue el socorro de los menesterosos, el remedio de las cuitas, el amparo de las viudas y el consuelo de las doncellas, para otros fue el más malvado bandolero de todas las Andalucías, aligerador de fortunas y sobresalto y espanto de los caminos, que no siempre las cosas son como parecen, ni son lo que queremos que sean; lo importante no es hallar la verdad, sino seguir buscándola e intentar conocernos a nosotros mismos, que es el más difícil conocimiento que se puede imaginar.

No todos los tiempos son unos, ni corren de la misma suerte, y si los tales nos pueden mentir, cada vez que se les antoja o les viene a cuento, los otros quizás no anden muy ciertos, que de entre los hombres nacen los obispos, que no de las piedras, y detrás de la cruz siempre está el diablo. En este mundo "*hay gente pa to*", como dijo el torero aquél, que si unos tienen razón, los otros no la han de desmerecer, pues nadie nace enseñado y nadie es más que nadie, que todos estamos formados por partes y todas las partes hacen un todo. Y si los enemigos de Pernautes han de ser muchos y malos, otros más lucharemos contra esos procelosos truhanes para apocar su maldad, sin necesidad de hacer muchas disciplinas ni oblaciones, aunque seamos unos rústicos llenos de abrojos, sin titulación bachillerada por Salamanca, ni nos tengamos por caballeros, ni hayamos desfecho jamás entuerto o amparado a alguna viuda o doncella. Pero al menos sabemos cuánto de ancha tenemos la frente y dónde nos aprieta el zapato, y conocemos historias tan bien compuestas que si contadas encantan, escritas embelesan, que para que haya tres y después cuatro, antes hubo de haber uno y dos.

En fin, todo tiene que cambiar para que nada cambie, como dijo Lampedusa en El gatopardo, y el buen corazón quebranta la mala ventura, que si en nuestra vida jamás hemos bebido de malicia, bien pudiéramos beber con sed o sin ella por atender a la conveniencia. O por no parecer melindrosos o malcriados, que a un brindis de un amigo no hemos de hacer ninguna sinrazón, pues aunque apretamos mucho la coyunda no la hemos de quebrar, y tenemos para nosotros que en el infierno también debe haber gente buena, por mucho que digan que en el infierno ya no hay salvación.

Así como la diligencia es la madre de la buena ventura y el sentido común el alma de la diligencia, no queremos pasar de los cuernos de la luna y sí dejar ya a un lado todas estas sentencias y controversias, que posiblemente cuadren en esta sinfónica introducción como por los cerros de Úbeda, por lo que pondremos punto final a esta plática introductoria antes de que nos tomen por facinerosos o se nos turbe la razón y el entendimiento con ella. O antes de que algún bocinero vagamundo, prevaricador del buen sentido, nos deje encantados entre brocados y pasatiempos o nos coheche el contento con su maldad de alma en pena y nos arroje a la fosa, como a don Rodrigo le arrojaron, sapos, lagartos y culebras, que una vez muertos poco importa la manera de morir o que a más nos quieran seguir matando, que todo es morir y acabose la obra, aunque hasta la muerte todo es vida, y para ser comidos por sabandijas, una vez muertos, tanto nos vale más ser labradores que reyes:

Ya me comen, ya me comen,
por do más pecado había.

Diremos para ello, sin tribulación alguna, y nos holgamos por ello, dentro del *Veni Creator Spiritus* de esta VIII Ruta del Pinales, que hemos vuelto a mudar el recorrido como hicimos en las ediciones anteriores, por lo que saldremos el día 6 de octubre de El Sequeral, aldea de Villaverde de Guadalimar, en la que se encontraba el segundo teniente de la Benemérita, Juan Haro López, con algunos de sus hombres el 31 de agosto de 1907, y al que le llegó el aviso del Juez de Villaverde de que dos extraños merodeaban por la jurisdicción de aquella villa. Desde ahí ascenderemos al Cambrón, monte mítico de cima aplanada, desde el que disfrutaremos de unas vistas increíbles de toda nuestra sierra y de las vecinas sierras jaeneras, para llegar finalmente a Villaverde de Guadalimar.

El domingo día 7 saldremos de Villaverde para ascender a la Cruz del Pinales, lugar de la muerte del famoso bandolero y visita obligada en todas las ediciones de esta ruta senderista. Por el Collado del Masegar, situado bajo el Padroncillo, llegaremos al Cortijo del Búho y a La Dehesa, para continuar a Riópar, lugar en el que finalizaremos esta VIII Ruta del Pinales.

Y que dios os dé salud para vivirla y a nos no nos desampare para entretejerla. Vale.

ANTONIO MATEA MARTÍNEZ



EL SEQUERAL-VILLAVERDE DE GUADALIMAR

Cuenta el salmantino Florentino Hernández Girbal en su "Bandidos célebres españoles", que probado está que a las nueve de la mañana del sábado 31 de agosto, el guarda forestal Gregorio Romero Henares, retirado de la Guardia Civil, se encontró con los bandidos Pinales y el Niño de El Arahál en las inmediaciones del cortijo del Bellotar, al Noroeste de Villaverde. El guarda cambia con ellos un saludo y aunque ignora quiénes son, no escapa a su olfato el aire fugitivo de la sospechosa pareja.

Piensa con acierto –dice Girbal– que no pueden ser buena gente cuando van tan armados y caminan con tantas precauciones. Además, su aspecto y sus ropas le descubre que son hombres de otras tierras. Sin pérdida de tiempo llega hasta Villaverde y da cuenta de sus dudas al juez municipal, don Miguel Serrano. Éste informa al alcalde y ambos acuerdan enviar, con el alguacil Eugenio Rodríguez Campayo, aviso a la Guardia Civil, que se encuentra en el caserío del Sequeral, a seis kilómetros al Sur de la provincia.

Mientras el emisario parte con este mensaje, el alcalde de Villaverde manda a unos hombres con apariencia de leñadores para que averigüen el lugar por donde andan los bandidos. Regresan hacia el mediodía y dicen que les han visto entrar en el cortijo de las Quejas. En efecto, "el Pinales" y "el Niño de Arahál" se han detenido en él para comprar longaniza, pan, vino y cebada. Al tiempo que corren estas noticias, llega a la alcaldía el segundo teniente de la Guardia Civil don Juan Haro López, jefe de la línea de Alcaraz.

Inmediatamente sale para el sitio indicado con tres prácticos. Les acompaña el cabo Calixto Villaescusa Hidalgo, el guardia primero Lorenzo Redondo Morcillo y los segundos Juan Codina Sosa y Andrés Segovia Cuartero. A éste último le consideran todos como uno de los mejores tiradores del Instituto.

Durante bastante tiempo caminan en silencio por un terreno accidentadísimo sin encontrar la pista de los bandidos. Al fin la hallan pasado Villaverde, pueblecito enclavado en el corazón de la sierra. Continúan la marcha, que es lenta y penosa. Comienzan a ascender hacia la llamada Cumbre de los Morricos y al poco rato avistan a "el Pinales" y "el Niño del Arahál". Están sentados tranquilamente junto a un nogal, despachando unas viandas. Próximos a ellos, sus cabalgaduras comen también. El teniente Haro distribuye sus fuerzas para cortar la retirada a los malhechores. Manda al cabo Villaescusa y al guardia Segovia con dos prácticos hacia la cúspide, y él, junto con los guardias Redondo, Codina y un práctico se disponen a atacar de frente. Poco a poco unos y otros van estrechando el cerco. Cuando se aproximan a los bandidos, éstos, que han terminado ya su refrigerio, se encuentran sobre las monturas dispuestos a partir. El teniente Haro les grita:

-¡Alto a la Guardia Civil!

A su voz responde "el Pinales" con dos tiros, al tiempo que anima en voz alta a su acompañante:

-¡Amos por eyos, "Niño"!

Los guardias repelen la agresión con una descarga cerrada. Su eco resuena en las montañas. El humo producido por los estampidos flota unos instantes en el aire inmóvil. Tras su neblina, que se va disipando lentamente, los civiles ven cómo uno de los jinetes escapa. El otro ha sido alcanzado de lleno por los disparos. Su cuerpo se tambalea en la silla. Hace un esfuerzo para sostenerse y al fin su cuerpo rueda pesadamente a tierra. Es "el Pinales".

"El Niño de Arahál", alejado ya del lugar, echa pie a tierra. Espanta a su yegua herida y se parapeta. Al verse acosado por la pareja que se ha situado arriba, hace uso del revólver. Su tiro es certero. Destroza al guardia Segovia parte del tricornio y le produce una ligera herida en la parte superior de la cabeza. Al ver herido a su compañero, los demás guardias descargan sus fusiles. El teniente Haro hace lo propio con su revólver, sin alcanzar al

bandido. Este sale a continuación de su escondite. Perseguido por las balas emprende veloz carrera, con bruscos y constantes cambios de uno a otro lado. Salta con sorprendente agilidad cuantos obstáculos encuentra a su paso. Al ganar un grueso tronco o una roca se detiene y, volviéndose, hace fuego sobre sus perseguidores. Ninguno de sus disparos hace blanco. Ya está a punto de alcanzar la Cumbre de los Morricos. Ha conseguido huir hasta unos trescientos metros del lugar del encuentro. Pero el guardia Codina apunta al fugitivo con su máuser y dispara. La bala le vuela el sombrero. Sin inmutarse, "el Niño de Arahal" sigue corriendo cada vez más rápido, en un desesperado esfuerzo por ponerse a salvo. De nuevo se echa el guardia el fusil a la cara. Con toda serenidad, como hábil tirador que es, sigue su arma todos los movimientos del bandido. Truena al fin la detonación. "El Niño de Arahal" abre los brazos, vacila y cae de golpe. Está muerto.

La trágica cacería ha terminado –termina Girbal contando–. Son las dos de la tarde del sábado 31 de agosto de 1.907.



Cerca del caserío de El Sequeral, donde se encontraba el Segundo Teniente Juan Haro López con los guardias civiles, y hasta el que llegó el alguacil Eugenio Rodríguez Campayo con el aviso del Juez municipal de Villaverde, iniciaremos la andadura de esta VIII Ruta del Pinales por una pista rodeada de olivos. Es el Sequeral una pequeña aldea de Villaverde de Guadalimar, situada a pies del mítico Cambrón, entre El Parrizón y El Campillo, a la que se llega por una pequeña carretera que parte de la Venta del Tabaquero, situada junto a la carretera de Riópar-Siles, poco después de pasar la arruinada Resinera de Cotillas.

El conjunto completo se denomina pedanía de El Campillo, El Sequeral y el Parrizón, y cuenta en total con 25 habitantes en el padrón municipal, cinco El Campillo, dieciséis El Parrizón y cuatro El Sequeral, aunque algunos de sus vecinos viven en Siles. Se dedican varios de ellos a vivir de sus pensiones y a reposar del trabajo realizado a lo largo de su vida, y otros a realizar algunos menesteres agrícolas o ganaderos en los abruptos campos cercanos, principalmente a

explotar el olivar.

Todo el conjunto está rodeado de olivos, como corresponde a cualquier lugar cercano a la provincia de Jaén, algún nogal y abundantes pinos, un auténtico mar de pinos que se extienden hacia El Cambrón y hacia la provincia de Jaén, que fueron antaño aprovechados para la explotación resinera. Hay también majuelos, como en cada rincón de nuestra sierra, escaramujos, que algunos llaman tapaculos por su poder astringente, enebros, jaguarzos blancos y moriscos, torovisco, almendros, frutales y algunas plantas aromáticas, como el romero, la mejorana y el espliego.



Desde El Sequeral llegaremos al Cortijo de los Quemados, caserío en ruinas con una alberca ya seca, desde el que cogeremos una senda que han limpiado de vegetación los miembros del Club BTT Guadalimar. Asendereados y practicando nuestra libertad ambulatoria seguiremos nuestro camino por las faldas del Cambrón, siempre que no tropecemos con alguna alicántara que nos estorbe el camino, pues dicen los lugareños que este animal es uno de las más temibles fieras de toda la sierra. Afortunadamente es ciego, por lo que es difícil que nos pueda ver y devorar:

Si la alicántara viera
y la víbora oyera,
no habría hombre
que al campo saliera.

Son numerosos los troncos de pino que nos cortarán nuestro camino, troncos rotos por el peso de la nieve que abunda por estos lugares a lo largo del invierno. Muchos de los pinos aparecen adornados de líquenes, asociación simbiótica entre algas y hongos. El hongo, llamado micobionte por los versados, obtiene su alimento a partir de las sustancias sintetizadas por el alga a través de la fotosíntesis. El alga, llamada ficobionte o fotobionte, consigue del hongo la protección necesaria frente a la desecación y un incremento de su capacidad de absorción de agua gracias a las hifas del hongo.

Descubriremos también antes de llegar al Cambrón, si la vista no nos engaña, alguna escoba de brujas colgada de la rama de algún pino, a la que llaman los científicos *Fitoplasma*

pini. Se trata en realidad de una deformación del pino provocado por un microorganismo unicelular patógeno que vive en el sistema vascular de una planta, considerado por los biólogos formas intermedias entre las entidades virales y las bacterias, que provocan en la planta estas extrañas formas.

En cuanto a la fauna abunda la cabra montés, el ciervo y el jabalí, así como el turón, la garduña, la gineta y el zorro. De las aves, por citar sólo una muestra, hay que destacar al águila real, al buitre leonado, al búho real y al arrendajo, pájaro forestal por excelencia que se alimenta principalmente de frutos silvestres. Sin embargo en cierta ocasión tuvimos la suerte de ver a uno de estos córvidos hurtar de un manzano uno de sus frutos, que apenas podía mantener en su pico.

De la herpetofauna, aparte de la mítica alicántara, de la que no tenemos muy claro si es mamífero o reptil, podemos destacar el lagarto ocelado, la lagartija de Valverde, la víbora hocicuda, la culebra de herradura, la culebra bastarda y la culebra meridional. De la entomofauna destaca sin duda la *Graellsia isabellae*, o mariposa isabelina, el más bello de los lepidópteros ibéricos, aunque muy difícil de ver al tener hábitos nocturnos. Mariano de la Paz Graells, que fue su descubridor, la dedicó a la reina Isabel II y de la combinación de ambos nombres, dedicante y dedicada, viene su nombre científico.

Por esta senda marcada y limpiada por el Club BTT Guadalimar, si no llegamos a perderla, que todo es posible, llegaremos al Collado de Piedra, desde el que cogemos una pista que nos acercará hasta El Portillo, por donde subiremos al Cambrón. A pies de este acceso al Cambrón, en el que se han colocado unos quitamiedos de madera para facilitar el acceso, dejan sus coches los vigilantes de las dos casetas forestales, para desde allí subir andando cada día a la cima. Este es el único lugar accesible para llegar a este vasto calar aplanado, si no es por el aire o si no gustamos practicar la escalada.

Ya en la cima, a 1.551 metros de altitud, nos vamos a quedar sorprendidos y enmudecidos al encontrarnos con esta altiplanicie cubierta por un inmenso mar de piedra, piedra caliza convertida en lapiaz o en anchas dolinas por la acción que ejerce el agua de lluvia sobre la roca caliza. En el fondo de estas dolinas se puede ver la llamada por los geólogos *terra rosa*, suelo arcilloso de color rojo producido por la disolución de esa piedra caliza.

El Cambrón es un enorme macizo calizo, situado entre las provincias de Albacete y Jaén. Una caseta forestal de vigilancia mira a Villaverde, dentro de la provincia de Albacete, y la otra hacia Onsares y Siles, en la provincia de Jaén. Las vistas desde su cima, aplanada y empedrada, con los fenómenos propios de los paisajes cársticos, especialmente una enorme



sima situada cerca de la caseta de Jaén, son sencillamente espectaculares. En esta sima cercana a la caseta de Jaén, que visitaremos si la encontramos, crecen en sus paredes verticales un maguillo o manzano silvestre, una cornicabra y un guillomo, que parecen haber sido puestos allí como por arte de magia. O, quizás, por algún ave, que depositó en la pared de la sima sus heces con alguna semilla.

Sobre Onsares se cuenta una antigua leyenda de brujas, según la cual en esta aldea de Villarodrigo vivían tres brujas que se frotaban sus ingles y axilas con un extraño ungüento antes de emprender sus vuelos crepusculares. Para ello, una vez untadas, empleaban la fórmula mágica “guía y vuela, sin Dios ni Santamaría”. En cierta ocasión un vecino de la aldea las descubrió y quiso imitarlas, para lo que procedió igualmente a untarse sus partes con el ungüento brujeil. Pero como no recordaba exactamente las palabras mágicas para emprender el vuelo empleó la siguiente fórmula: “guía y vuela, con Dios y Santamaría”. Dichas estas palabras, tan parecidas, pero a la vez tan distintas a las empleadas por las brujas, el hombre de Onsares quedó convertido en burro y así permaneció durante muchos años, hasta que se descubrió el embrujo y pudo ser desbaratado.

La vegetación en lo alto del Cambrón es prácticamente nula: sólo es posible ver algún pino salgareño achaparrado (uno de ellos precisamente nos servirá de guía para encontrar la sima) y el suelo tapizado de piornos y algunas otras especies de porte almohadillado. Cerca de la caseta de vigilancia de Jaén hay un pequeño chozo de piedra, construido por Antonio y Julio, los vigilantes que suben a diario desde las nueve de la mañana hasta las nueve de la noche, para protegerse de los rayos durante las tormentas, pues aunque se hayan colocado pararrayos sobre las casetas ninguno de los dos confía en su eficacia.

Almorzaremos en lo alto de este monte, junto a una de las casetas, la de Jaén o Albacete, según la hora y según las hambres. Pero sobre todo disfrutaremos un largo y pausado rato de estas vistas impresionantes antes de emprender el camino hacia Villaverde de Guadalimar. El Calar del Mundo, una amplia plataforma caliza de más de 20 kilómetros se nos muestra por el Sur. Delante de este macizo se ve el castillo de la Yedra de Cotillas, con el Hituero Grande y el Hituero Chico cerca de él. El Calar de la Sima más al Sur, La Sagra en Granada, El Yelmo de Segura de la Sierra, cuyo castillo guerrero destaca puntiagudo por encima de la población, que fue de la Orden de Santiago, El Banderillas más allá del Yelmo, el puntal de la Rayuela, por encima de Siles, y por la parte albaceteña el Padrón, La Sarga y el Padroncillo, adornado este último con sus antenas de telecomunicaciones.

Tras bajar de este monte por el mismo lugar del ascenso, llegaremos a la Fuente de los Colladillos, desde la que buscaremos una pista que nos acerca entre pinos, romeros y olivos a Villaverde de Guadalimar, adonde llegaremos por el depósito del agua.

En Villaverde cenaremos en la Pensión Guadalimar, donde Esteban y Eduardo nos atenderán con toda comodidad y regalo y nos tendrán preparada una cena a base de sopa de boda y un filete de lomo de cerdo con patatas. Luego nos iremos a dormir al Centro Cultural, aunque antes de la cena, y antes de recogernos para la dormida, habremos rendido homenaje a Dionisos con unas cervezas en el bar Guadalimar hasta alcanzar el entusiasmo, que dicen los entendidos se alcanza cuando el dios griego entra en la persona que ha bebido el suave néctar del divino producto de la cebada para guiarlo con su fuerza y sabiduría.

Dicen los sabios que se dedican al noble arte de la historiografía, que la cerveza fue antes que el vino. Los hombres antiguos aprendieron a fabricar el rubio licor con la cebada tostada, que tantos momentos dulces nos ha dado desde entonces con su amargo pero delicado sabor.

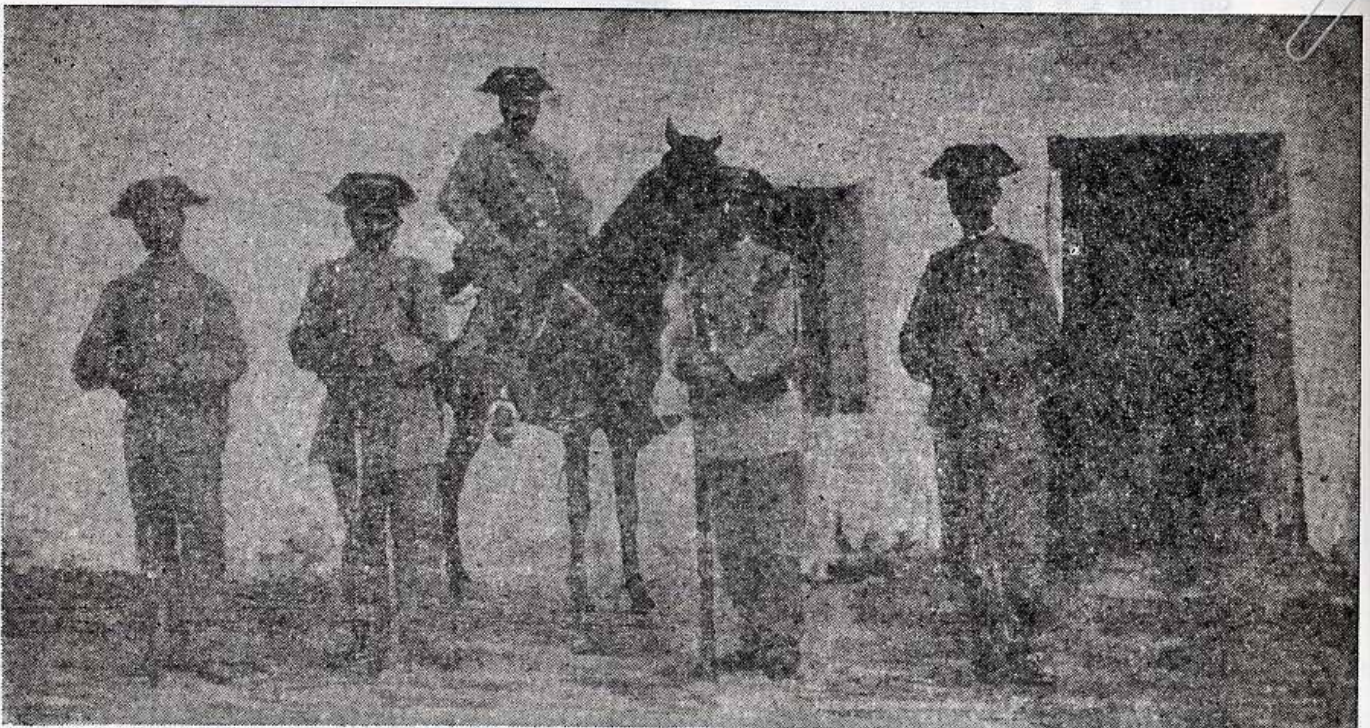
Cuando se conoció la producción vinícola, con la fermentación del zumo de la uva, el arte se engrandeció. Aquel poder misterioso que otorgaban las levaduras al transformar la glucosa en etanol, y que tantos momentos felices permitían, llevaron al hombre a creer que la

embriaguez era cosa divina, pues no era posible que ningún ser humano pudiese conseguir por sí solo tan importantes momentos de felicidad.

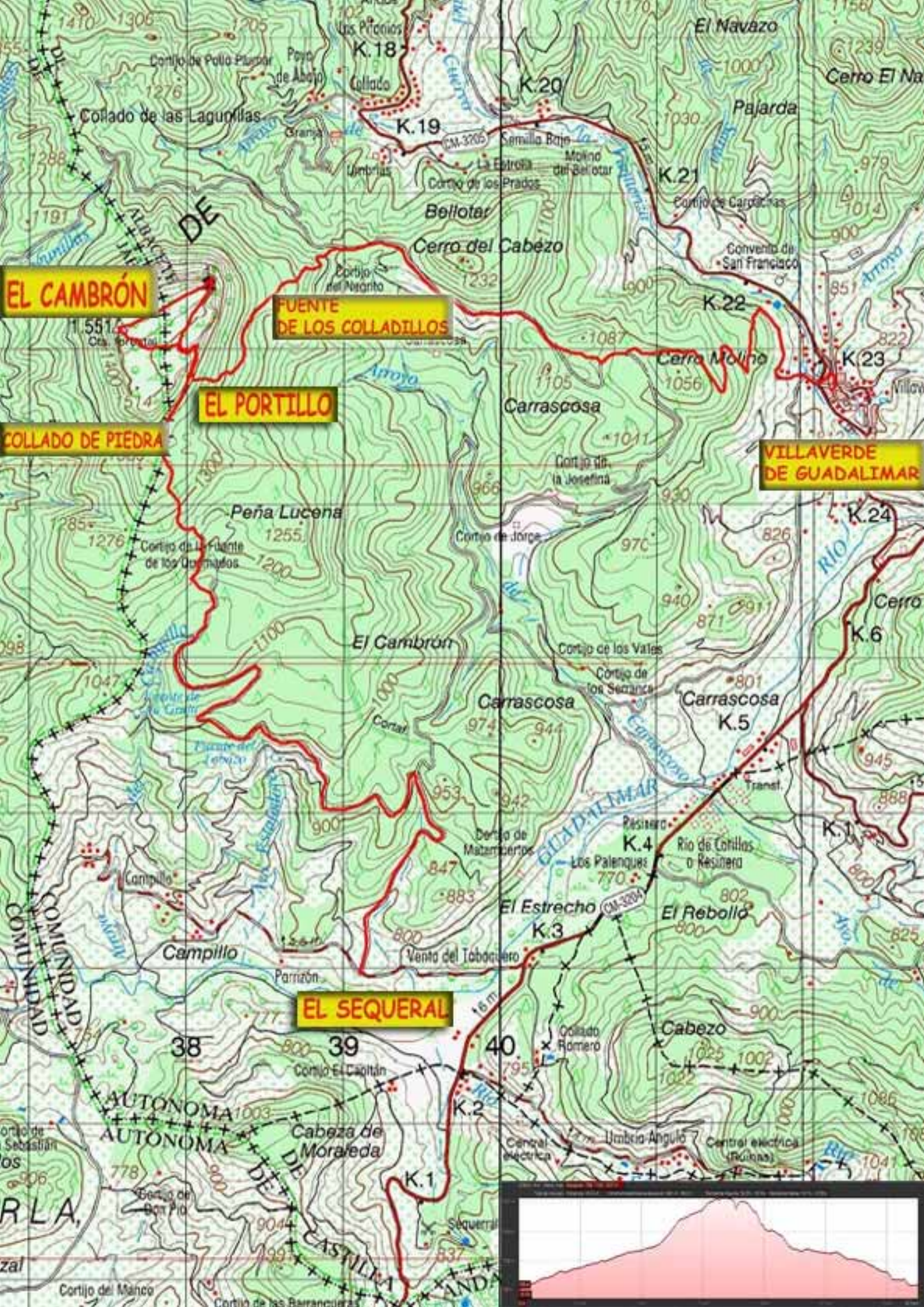
Decidieron los antiguos de Tracia que Dionisos o Baco, griego primero, romano después, debía ser el dios que otorgaba tan sabio y dulce poder. Este dios de la naturaleza, que lo mismo se encarnaba en forma de toro que en macho cabrío, era quien llevaba a los hombres en volandas al mundo de la imaginación y la fantasía, penetrando dentro de sus cuerpos y alejándolos de su aflicción y sus penas con tan sólo beber aquella misteriosa bebida obtenida del racimo de la uva.

Las bacantes o ménades, matronas respetables y doncellas que hacían una vida normal con sus novios o maridos, abandonaban sus hogares y subían a las montañas a realizar el *sparagmós*, o sacrificio sagrado de culto a Dionisos, en que era habitual la práctica omofágica (comer carne cruda). Así pasaban las noches en grandes grupos en las colinas, en danzas extáticas y en un estado de embriaguez, que si en parte lo era alcohólica, también lo era mística, rindiendo culto sagrado al hijo de Zeus y Sémele en ceremonias orgiásticas, que duraban hasta el amanecer durante varios días consecutivos.

A Chipre yo quisiera ir
donde residen los amores
que hechizan a los hombres.
Id bacantes, id bacantes:
a Dionisos que es hijo
de otro dios, las que traéis
desde los montes de Frigia
a las calles anchurosas
de Grecia: ¡a Dionisos!
Id bacantes, id a Dionisos,
oíd su voz y alzar vuestra copa
y su revelación enloquecedora
llegará hasta vosotras.
¡Salve a ti, Baco!



Teniente Haro, guardia Segovia, cabo Villaescusa y guardias Redondo y Codina, que dieron muerte a «el Pernalés»



EL CAMBRÓN

FUENTE DE LOS COLLADILLOS

EL PORTILLO

COLLADO DE PIEDRA

VILLAVERDE DE GUADALIMAR

EL SEQUERAL

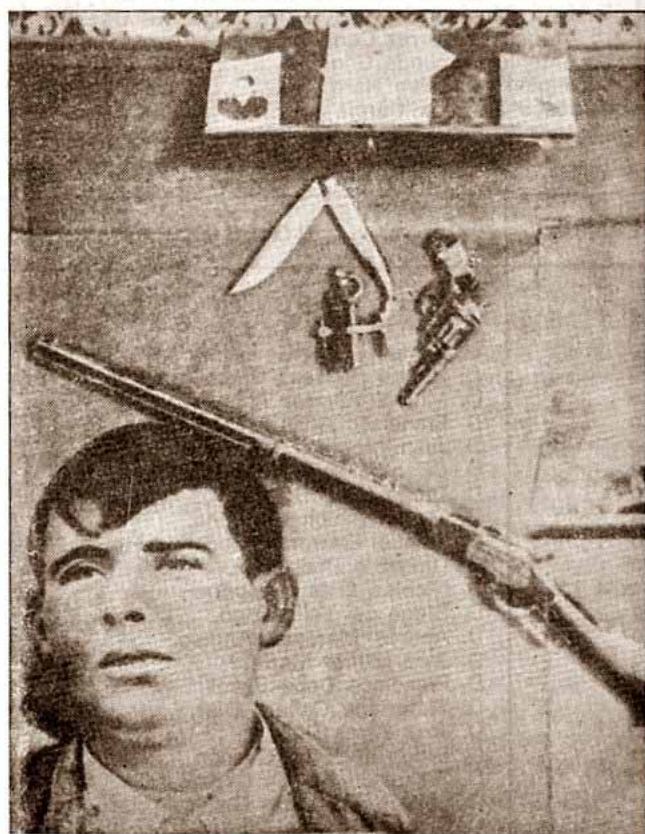


VILLAVERDE DE GUADALIMAR-RIÓPAR

Cuenta de nuevo Hernández Girbal en su obra "Bandidos célebres españoles" que cualquier viajero que en aquel abrasador verano de 1879, año de nacimiento de Pinales, tuviese necesidad de recorrer los calcinados campos donde se unen las provincias de Córdoba y Sevilla, por fuerza habría de quedar con el espíritu quebrantado bajo el peso de un terrible pesimismo.

Desde Estepa a Puente Genil, de Puente Genil a Lucena y de Lucena a Aguilar sólo vería miseria. Una miseria angustiosa, torturadora, lacerante.

Los braceros trabajaban doce horas diarias, de una de la madrugada a una de la tarde. Y por tan larga jornada recibían únicamente cinco o seis reales. Con ser esto malo, aún era peor que no podían cobrarlo todos los días. El trabajo escaseaba. Por eso en Matarredonda, Marinelada, Pedrera y otros pueblos el hambre desembocaba con frecuencia en robos.



«El Pinales» y sus armas

La gente del campo vivía como las bestias. En los cortijos, muchos animales tenían mejor alojamiento que ellos. Entre unos toscos muros, y bajo una cubierta a veces de paja, se cobijaban un hombre, una mujer y unos niños. Durante meses sólo comían un pan que parecía amasado con hollín y un tocino que hubieran despreciado los perros.

Esto, que hoy pudiera parecer exagerado, era entonces, por desgracia, ciertísimo.

En ocasiones, era tanta la abundancia de brazos forzosamente ociosos, que los jornales bajaban. Tiempo hubo en que llegaron a pagarse a cincuenta céntimos. Así, año tras año, el campesino andaluz veía obligado a soportar con mansedumbre los atropellos del cacique, la escasez de faena y el tormento constante del hambre.

Por allí, como por otras partes, se hablaba con frecuencia de antiguos bandidos. De aquellos que un día se echaron al campo para vengar alguna ofensa o satisfacer alguna vejación; de quienes, a su mo-

do, habían tratado de remediar las injusticias sociales, de las que todos seguían siendo víctimas. Allí estaba, en Estepa, aún vivo, influyente y respetado, el señor Juan Caballero, "el Lero". Caballeando, había rivalizado nada menos que con el legendario José María "El Tempranillo", prototipo de la hombría, de la majeza y del valor. Aún eran conocidas las historias de Diego Corriente, ladrón de caballos padres, ajusticiado el Viernes Santo 30 de marzo de 1781 en la plaza de San Francisco de Sevilla, de los Siete Niños de Écija, que

fueron mucho más de siete y no todos eran de Écija. Aunque su nombre hacía temblar aún a cuantos lo oían:

Tres molinos en el camino,
siete bandoleros bajan.
De los alcores del viso,
con sus hembras entre las ancas.
Catites rojos, pañuelos,
patillas de bocas anchas.
Ellas navaja en las ligas,
ellos su faca en la faja.
Ellas la rabia en sus ojos,
ellos armas en sus espaldas.
De los alcores del viso,
siete bandoleros bajan.
Siete caballos caretos,
siete retacos de plata.
Traca, Buche, Juan, Repiso,
Sata, Blas y Mala facha.
Siete caballos caretos
los siete en ellos llevaban,
siete chupas de caireles
siete mantas jeresanas.
Echa vino montañés
que lo paga Luis de Vargas,
el que a los pobres socorre
y a los ricos avasalla.
Ese es nuestro jefe hermano
el capitán Luis de Vargas,
el que a los pobres socorre,
y a los ricos avasalla.

Las imaginaciones –continúa Girbal– se encendían ante el relato de las viejas hazañas y la chispa de un oculto deseo, siempre tenido por imposible, prendía en los hombres, con visos de posible realidad. Así, en lo hondo de la callada, diaria sumisión, de la permanente resignación, iba creciendo la rebeldía. Los mozos de genio más vivo barruntaban ya fáciles riquezas y admiraciones populares. Lenta, ocultamente, se estaba fraguando un resurgimiento del bandolerismo. Si las causas seguían siendo las mismas, iguales tenían que ser los resultados.





Los robos, en los cortijos y en los caminos, empezaron a menudear, preocupando a las autoridades. Concedían, por el contrario, menos atención a los algarines, es decir, a los ladrones de aceituna, que todos los años hacían su aparición al mostrarse el fruto en sazón. Éstos solían ser personas de vida miserable, que lo tomaban de noche y furtivamente para después malvenderlo. De pronto, un día, esta clase de robo tomó el carácter de un verdadero asalto. Fue en Estepa. Más de doscientos desesperados, a quienes el hambre había empujado, entraron en los olivares y se lanzaron furiosos al pillaje. Los guardas no intentaron siquiera detenerlos. Sabían muy bien que aquellos hombres estaban dispuestos a todo – termina Girbal diciendo.

Ya un siglo antes, en 1775, el Asistente de Sevilla, D. Pedro López de Lerena había contestado al Consejo de Castilla sobre un proyecto de mejoras de caminos en Andalucía, lo que mostraba que la situación de los campesinos andaluces no había cambiado en cien años:

“Tener constituida la mayor parte de los habitantes en una condición peor que la de los esclavos porque repartidas las tierras en tan pocas manos, la mayoría son jornaleros que en las temporadas de siembra y recolección ganan un simple jornal, y el resto del año tienen que dedicarse a mendigar.”

Cuando la demanda de trabajo era pequeña, el dueño latifundista, el cacique, prefería siempre los bajos rendimientos y no correr riesgos y preocupaciones de una explotación activa, permitiéndose el lujo de cultivar mal las tierras; si la oferta de trabajo era grande la consecuencia era la inmediata bajada de salarios. En 1902, mientras un bracero percibía 4 pesetas diarias en el resto de España, en Andalucía venía a ganar de 1,5 a 1,7 pesetas de las que había que reducir la comida si el lugar de trabajo quedaba alejado de casa.

Era la época de la Andalucía trágica de que trató Azorín en 1905, año de grandes hambres; el mismo año en que Blasco Ibáñez escribió La Bodega describiendo la situación en Jerez en 1892. Ese año 1892 tuvo lugar la marcha de protesta sobre Jerez, duramente reprimida por la Guardia Civil. Los principales dirigentes campesinos de esa marcha, tras un breve proceso que duró menos de un mes, en el que se denunciaron numerosos casos de tortura, fueron condenados a garrote vil.



**Para andar bien el camino, buenas las botas,
añejo el vino y mejores los amigos.**



Antes de Jerez, en 1854, ya se había producido el alzamiento del campesinado en Utrera y en 1857 en El Arahal. Más tarde, en 1861, hubo una insurrección de Loja, donde el levantamiento de los campesinos alcanzó por primera vez un auténtico carácter revolucionario. Muestra reveladora del contenido de estas revueltas es que en todas ellas se quemaran los archivos notariales y se asaltaran los cuarteles de la Guardia Civil, símbolos de la usurpación de tierras, los primeros, e institución y salvaguarda de tal expolio, los segundos.

Pero la respuesta de los dirigentes políticos contra estas explosiones campesinas siempre fue la represión, en vez de intentar poner fin a esta situación de miseria del campesinado. Tras los sucesos de El Arahal y Utrera fueron fusilados 95 campesinos; después de sofocar la insurrección de Loja hubo seis ajusticiados y 500 detenidos.

Así, muchos, ante lo que consideraban una injusticia con dolo y alevosía, vieron en el bandolerismo una salida a su miseria, una forma de responder a esa sinrazón del poder, a la protección del rico contra el pobre, y la única respuesta para encontrar remedio a su hambre.

El bandido era un héroe para el pueblo, el defensor, el vengador de la plebe, el enemigo irreconciliable de cualquier forma de estado y de régimen social o civil, de la aristocracia y del clero. Campesinos fuera de la ley, a los que el señor y el Estado considera criminales, pero que permanecen dentro de la sociedad campesina y son considerados por sus gentes como héroes de los caminos, paladines, vengadores, luchadores por la justicia y personas a quien admirar, ayudar y apoyar.

El bandolero popular ha sido considerado casi por todos los estudiosos del tema como un auténtico hijo de la miseria, como un marginado social, despreciado por la clase poderosa.



VILLAVERDE DE GUADALIMAR



Sin embargo Julio Caro Baroja, en sus *Prosas bárbaras*, dice que ni el bandolero es siempre un pobre que se rebela contra los ricos, ni es un hombre que tiene instintos insatisfechos de capitalista.

El bandolero es algo más complejo.

El bandolero, según Baroja, es un agente de personas particulares o de bandos y linajes encontrados, dispuestos a defraudar a los estados, un rebelde político, un protegido de los caciques. Liberal o carlista, según los casos, no está siempre contra el capital y a veces está con él y contra el Estado.

La figura del bandolero, popularizada por los literatos y viajeros románticos, toma caracteres más bien clásicos. El bandolero es un héroe juvenil, cuya vida está marcada por el destino. Metido dentro de semejante vida, su suerte final es inexorable, como la de los héroes de la tragedia griega: la muerte acecha hasta que le hace presa. Y este juego con la muerte, del que sale muchas veces triunfador antes de ser vencido, este riesgo continuo, le da asimismo un aire heroico.

Pero el bandolero no es ídolo de la sociedad –continúa diciendo Baroja–, de una sociedad en su conjunto: es el ídolo de la plebe, de una plebe humillada, vejada, que desea la venganza o la revancha. David luchando y venciendo a Goliat es el prototipo de héroe querido por el pueblo, que sueña siempre con una inversión de los órdenes o en una subversión de los valores: una subversión que es probable arranque de la infancia y que domine a muchas almas infantiles.

En cuanto a Pinales, según Manuel Halcón Villalón, primo hermano del famoso poeta de la Generación del 27 Fernando Villalón, fue el último bandido a caballo y el más perseguido, contra el que se emplearon más medios, de todos los bandoleros. Fue el primero contra el que se empleó el teléfono, cuyos postes empezaban en su tiempo a aparecer lentamente por las cunetas de los caminos y carreteras. Nunca antes, ni contra ningún otro bandolero, se habían anunciado por el alambre sus robos y fechorías: “Esta noche Pinales ha robado la finca de los condes de Miraflores, en la finca de la Rana. Como no anda durante el día, se supone que el ladrón no ha podido ir muy lejos. La Guardia Civil le sigue la pista”.

Tras entregarle los tres mil reales que solicitó en la Rana, finca de los condes de Miraflores, Pinales partió, sin volver la vista atrás, según la escuela de los antiguos bandoleros. Al menos así lo cuenta Manuel Halcón en “Recuerdos de Fernando Villalón”, que conoció a Pinales personalmente y del que cuenta que era una figura enteca, rubio, vestido de corto, pero sin ninguna clase de aliño, sin majeza y sin rasgo peculiar que prestase

carácter a su figura. Podría pasarse diez veces por su lado sin reconocerle –continúa Halcón– y mil veces estar junto a él en una bulla sin notarlo.

Fernando Villalón tuvo un encuentro con el bandido, tras su asalto a la finca de la Rana, propiedad de su familia. Ofreció al estepeño contratarlo como vaquero de reses bravas, quizás con la idea de añadir un bandolero a su colección de tipos raros. Pero el bandido rechazó la oferta y reconoció que su vida de bandolero, y vistos los guardias que había tras sus pasos, tendría pronto su fin.

–Don Fernando, yo se lo agradezco; pero de sobra sé que estoy perdido. Si he de hacer algo para salvarme tendrá que ser trasponiendo la Sierra Morena y metiéndome en Castilla. Por acá se me ha vuelto el santo de espaldas y, como siempre, la culpa la tiene una mujer. Por una mujer me eché al campo, pedí dinero para comer y maté para que no me matasen. Ahora, por una mujer, tendré que dejar lo que más quiero: mi caballo y mi tierra.

De Fernando Villalón, el poeta, han quedado estos versos tras el encuentro que tuvo con el bandido:

¿A dónde vas con tu jaca
y una herradura de menos,
si en la barranca del río
están los carabineros?

–Con los zapatos puestos
tengo que morir;
si muriera como los valientes
hablarían de mí.

Según nuestro decir y opinión, Pinales fue un hijo de su tiempo, héroe o villano, según se mire por unos o por otros, porque difícil va a ser contentar a todos o a todos poner en la misma cuenta. Nosotros, en este aspecto, dejaremos a un lado las controversias, y nuestra única intención con esta ruta es dar a conocer su historia y mantener viva, sobre todo, la leyenda.

En el año 1902, cinco antes de la muerte de Pinales, el rey Alfonso XIII había alcanzado la mayoría de edad y comenzó a reinar, poniendo fin a la regencia de María Cristina. El desastre del 98 había acabado con el imperio español, lo que supuso sepultar el nacionalismo patriotero. Se había iniciado el nacionalismo vasco y el regionalismo gallego y 19 millones de almas habitaban el solar peninsular; 13 de ellos vivían en el campo, cuya arcaica producción no daba para alimentar a todos.

LA LOLA EN LO ALTO DEL CAMBRÓN.



Las circunstancias sociales y económicas de una Andalucía sumida en la miseria, en la que existía una economía de subsistencia, con una explotación agraria feudal, en la que sólo el amo tenía asegurada su pitanza diaria, adicionado al carácter rebelde del estepeño, fue, quizás, lo que le echó al monte. Posiblemente este cambio en su vida estuvo condicionado por su tío Soniche, precursor familiar en esto del bandolerismo, y por la muerte de su padre a manos de la Guardia Civil, así como por el abandono de su esposa, que dejó el hogar conyugal con sus dos hijas. Quien quiera saber más o quien quiera conocer más opiniones no tiene más que informarse con la numerosa documentación que hay sobre él y sobre su época y forjarse su propia opinión.

De su historia sabemos que ese 31 de agosto de 1907 murió el hombre, murió el bandido; pero al mismo tiempo nacía el mito y la leyenda, que corren en carrera continua y permanente por las sierras albaceteñas desde hace más de un siglo. Las gentes mayores de la Sierra de Alcaraz, en su mayoría, recuerdan con cariño al estepeño, como un prototipo de rebelde y a la vez de héroe popular, y cuentan la leyenda del bandido generoso que robaba a los ricos para dar a los pobres:

Ya mataron a Pinales,
ladrón de Andalucía,
el que a los ricos robaba
y a los pobres socorría.

En cuanto a esta segunda etapa de la VIII Ruta del Pinales, iniciaremos nuestra andadura en busca de la Cruz del Pinales desde Villaverde de Guadalimar, población que fue de Alcaraz tras su conquista a los árabes y más tarde de los Condes de Paredes de Nava, que gozaron, disfrutaron y administraron estas tierras que pertenecían al Señorío de las Cinco Villas de la Sierra de Alcaraz. Subiremos para ello por la pista del Arroyo del Tejo, que llega hasta los mismos Picarazos, desde donde podemos encontrar unas hermosas vistas de nuestras serranías, como ya pudimos descubrir en la ruta del año pasado.

Antes de llegar al cortijo del Arroyo del Tejo y a La Casica, nos desviaremos hacia el Prado de la Rosinda, para buscar desde allí un sendero entre juncales que nos lleva por El Portillo, bajo el Peñón de los Cuervos, a la Cruz del Pinales, situada bajo Las Morricas.



En la Cruz del Pinales haremos un pequeño homenaje al famoso bandolero estepeño cantando su romance en coro, siempre que lo tengan a bien los participantes y las gargantas lo permitan tras los excesos de los ritos dionisiacos de la noche anterior. Hernández Girbal dice que Pinales y el Niño de Arahal fueron sorprendidos por la Guardia Civil mientras daban cuenta de su pitanza junto a un nogal, que ni hay, ni ha habido, ni habrá nunca junto a la Cruz del Pinales, pues no es éste el lugar más adecuado para que crezca esta jungladácea. El nogal junto al que comieron Pinales y el Niño del que habla Girbal, según los lugareños de la zona, estaba en La Casica, un antiguo caserío de pastores, hoy bastante modificado, situado por encima del cortijo del Arroyo del Tejo, llamado de Las Quejas en la obra del salmantino. Desde ahí y tras la comida cogieron una senda, recorrida en alguna ocasión en esta ruta, que en menos de una hora los llevó hasta las Morricas y seguidamente, mortis causa, al cementerio de Alcaraz, donde todavía reposan los restos de Pinales.

Se ha colocado en esta Cruz del Pinales una placa y un panel en el que se explica brevemente la historia y leyenda del bandido. En este lugar permanecen todavía como recuerdo de su muerte un buen puñado de piedras, que han ido dejando como homenaje al

bandido los caminantes a lo largo de los años. Estas piedras, esta placa, este panel, y todos aquellos que habitualmente visitamos este lugar, contribuyen a ensalzar la leyenda del bandido de los pobres, engrandada más aún por un pastor de Estepa que había llegado a Alcaraz el día dos de septiembre a identificar el cadáver del bandolero. Este pastor, si ante las autoridades dudó de que aquel muerto fuera el Pernaes, pues le faltaba su mechón de pelo característico, una vez ante sus paisanos perdió toda duda, afirmando con rotundidad que ninguno de los muertos de Alcaraz era el famoso bandido.



Desde la Cruz del Pernaes, situada a tiro de ballesta del Padroncillo, seguiremos hacia el Collado del Masegar, hasta donde llega una senda procedente de esta finca, que sigue a su vez el arroyo del mismo nombre. Por la Umbría de la Acebeda, por la que crecen numerosos pinos negrales, enebros, algunas carrascas y rosales silvestres, así como algunos acebos, que dan nombre al lugar, llegaremos al Cortijo del Búho, llamado así porque uno de sus pretéritos habitantes era hombre de anchas espaldas y de baja estatura, con apariencia de esta luctuosa rapaz nocturna. Pasaremos por La Dehesa, donde se encuentra La Pumarica, refugio cuya titularidad corresponde al Centro Excursionista de Albacete, situado junto al río de La Vega, a menos de un cuarto de legua de Riópar Viejo, adonde nos vamos a dirigir por el Molino de Ricote y el Cortijo de la Humildad, construido este último junto a una enorme carrasca varias veces centenaria.

En Riópar Viejo, don Fabián, el cura párroco, nos mostrará a los participantes en esta Ruta del Pernaes la iglesia del Espíritu Santo, un templo gótico del siglo XV de planta rectangular, con cinco tramos separados por arcos de diafragma y cabecera plana. Tiene una cubierta de madera de estilo mudéjar y un coro a los pies de la iglesia, también de madera, sostenido por una columna con zapatas. El cuerpo inferior de la iglesia lo ocupa el baptisterio y en el exterior presenta varios contrafuertes que refuerzan el empuje de los arcos interiores. Entre éstos y en el cuarto tramo, desde la cabecera, se abre una discreta portada con arco apuntado, con una amplia moldura en la línea del trasdós que se apea en unas pequeñas

ménsulas que sirven también de apoyo a un alfiz. A los pies del templo se levanta la sólida y maciza torre con alguna tronera en orbe y cruz.

Frente a la iglesia hay una pequeña explanada, en la que cada tercer domingo de septiembre se celebra el tradicional baile de la Pita y una comida, para festejar el día de la patrona del pueblo, Nuestra Señora la Virgen de los Dolores, a la que se trae en romería.

Este pueblo de Riópar Viejo estaba completamente arruinado hace unos años, pero hoy día se han reconstruido casi todos sus edificios en piedra, que era el material originario de su construcción, quedando ya escaso espacio para nuevas construcciones. Numerosas casas rurales, un par de bares e incluso un hotel a medio construir, dan un aspecto nuevo a este pueblo que estuvo a punto de desaparecer y emergió como el ave Fénix de las cenizas de su pasado.

Su origen medieval queda atestiguado por las ruinas de su castillo morisco, reconquistado en 1213 por las huestes de Alcaraz, ruinas que se alzan con orgullo por encima del camposanto y del viejo olmo, hace años fenecido por la grafiosis, como si quisieran ser testigos perpetuos de su pasada gloria. La impresionante roca sobre la que se asienta la población originaria de Riópar, antes de que sus habitantes marcharan a la actual población, llamada en sus orígenes Reales Fábricas de San Juan de Alcaraz, muestra por todos sus puntos cardinales antiguos restos de fortificaciones, que hacían casi inexpugnable la fortaleza. Aunque eso no impidió a los guerreros de Alcaraz, primero, y a las tropas del Conde de Paredes, después, conquistar su castillo y hacerlo suyo y mantenerlo bajo su propiedad. Pero el tiempo lo ha ido desmoronando y algún día se perderá por completo si no lo remedia pronto la intervención humana.



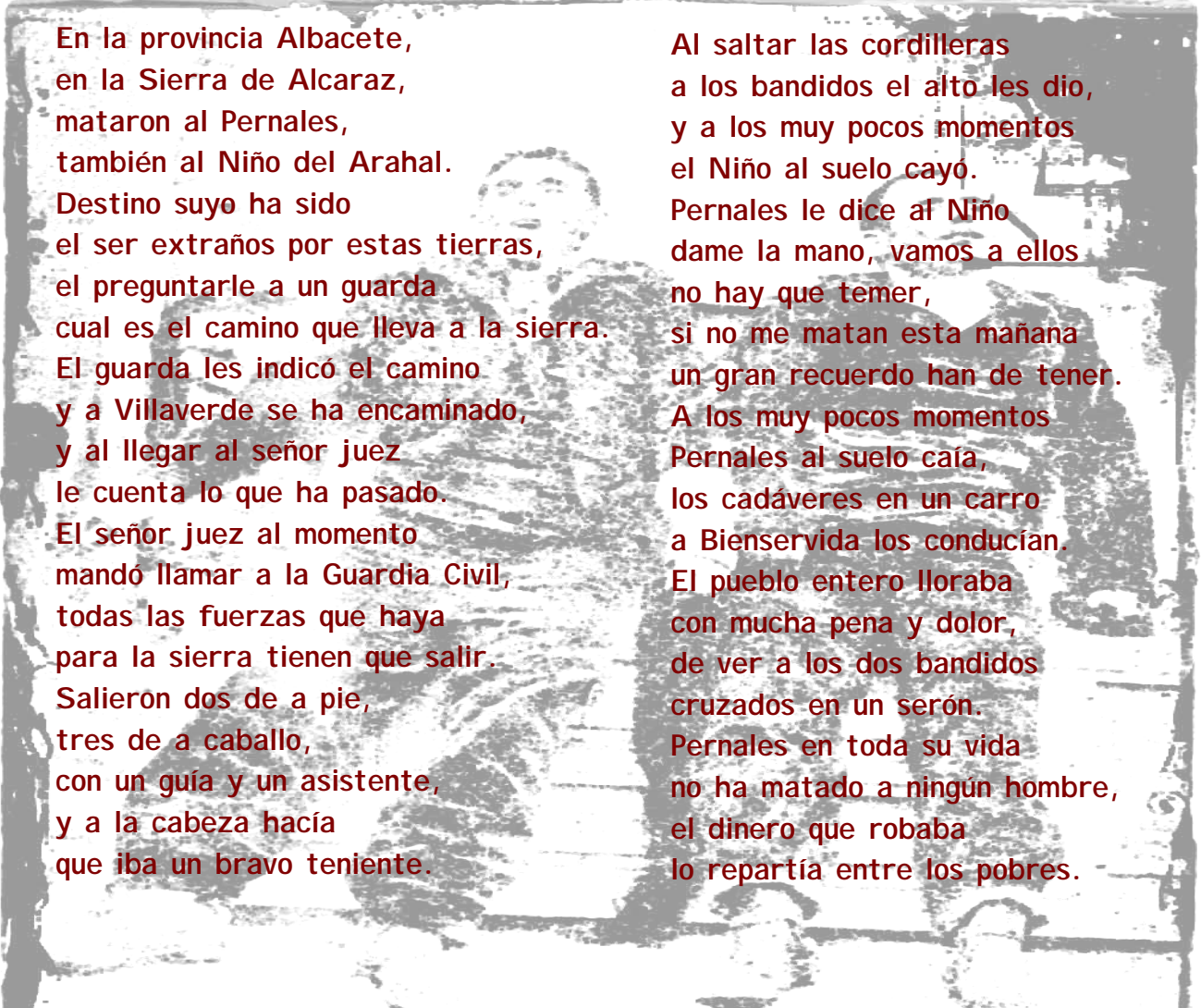
En Riópar, hacia donde nos dirigiremos por una pequeña senda que cruza el arroyo de la Celada y después por un nuevo camino construido junto a la margen derecha del río de La Vega, comeremos en el restaurante San Juan. Pedro nos pondrá una olla de esas que llaman podridas, que, dicen, cuanto más podridas mejor sabor tienen y que a la hora de entonces nos estará diciendo: ¡Cómeme! ¡Cómeme! De segundo nos pondrá una trucha de las mejores que hay en el Mundo, que no es menester ir muy lejos para pescarlas, aunque posiblemente las que nos ponga vengan de la piscifactoría cercana.

Sobre el restaurante San Juan es obligado decir que siempre que hemos ido allí a comer se nos ha tratado excelentemente, como también lo hacen Eduardo y Esteban año tras año en la pensión restaurante Guadalimar. Pedro, en el restaurante San Juan de Riópar, muestra la sabiduría y la experiencia de una larga vida de trabajo dedicada a la restauración. El saber estar y hacer, y la amable atención y cuidado con que se trata al cliente, con la adición principal de los exquisitos y finos platos que cocinan Ana, Mari y el mismo Pedro, hacen siempre las delicias del comensal que se sienta a la mesa de este restaurante, que comerá con la medida de su boca, queremos decir hasta el hartazgo. Entre esos manjares podemos citar, además de la trucha y la olla podrida,

todo tipo de guisos con carne de caza, como el jabalí, el ciervo o el gamo, y algunos platos tradicionales, como los gazpachos, los andrajos, el atascaburras, el pisto manchego, el cocido o la olla de riza.

Seguro que los participantes en esta VIII Ruta del Pernaless, a la que pondremos fin con esta degustación en el restaurante San Juan, quedaremos satisfechos y dispuestos a repetir la experiencia.

ROMANCE DEL PERNALES

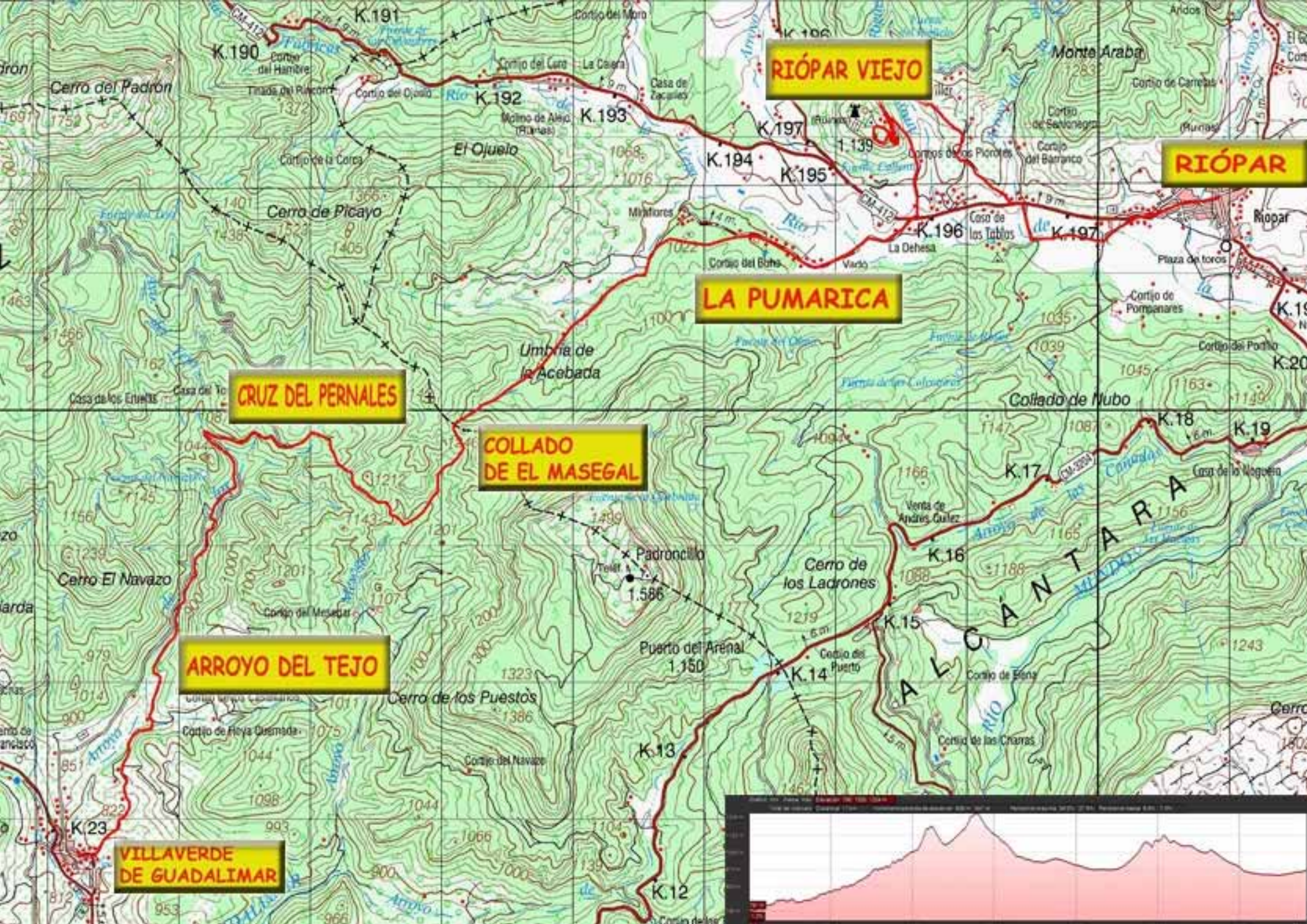


En la provincia Albacete,
en la Sierra de Alcaraz,
mataron al Pernaless,
también al Niño del Arahal.
Destino suyo ha sido
el ser extraños por estas tierras,
el preguntarle a un guarda
cual es el camino que lleva a la sierra.
El guarda les indicó el camino
y a Villaverde se ha encaminado,
y al llegar al señor juez
le cuenta lo que ha pasado.
El señor juez al momento
mandó llamar a la Guardia Civil,
todas las fuerzas que haya
para la sierra tienen que salir.
Salieron dos de a pie,
tres de a caballo,
con un guía y un asistente,
y a la cabeza hacía
que iba un bravo teniente.

Al saltar las cordilleras
a los bandidos el alto les dio,
y a los muy pocos momentos
el Niño al suelo cayó.
Pernaless le dice al Niño
dame la mano, vamos a ellos
no hay que temer,
si no me matan esta mañana
un gran recuerdo han de tener.
A los muy pocos momentos
Pernaless al suelo caía,
los cadáveres en un carro
a Bienservida los conducían.
El pueblo entero lloraba
con mucha pena y dolor,
de ver a los dos bandidos
cruzados en un serón.
Pernaless en toda su vida
no ha matado a ningún hombre,
el dinero que robaba
lo repartía entre los pobres.



OBJETOS QUE PERTENECIERON AL PERNALES (MUSEO DEL BANDOLERO, RONDA)



RIÓPAR VIEJO

RIÓPAR

LA PUMARICA

CRUZ DEL PERNALES

COLLADO DE EL MASEGAL

ARROYO DEL TEJO

VILLAVERDE DE GUADALIMAR

